

UNIVERSITY OF PUERTO RICO

COLLEGE OF SOCIAL SCIENCES

RIO PIEDRAS, PUERTO RICO

DEPARTMENT OF SOCIOLOGY

Río Piedras, P.R., 11 de febrero de 1969.

Dr. Plutarco Naranjo

Quito

Ecuador

Muy estimado Doctor Naranjo:

Acuso recibo a su muy atenta de 3 de bebrero, por la que veo que recibió Ud. las separatas que le envié. Claro que puede Ud. de ese prólogo ^{hacer} el uso que desee. Muy bien si lo reproduce en alguna de vuestras revistas. Solamente que tenga la bondad de añadir e esto que omitió el Libro-Homenaje a Luis Alberto Sánchez:

En la página final del Prólogo, antes de hablar del Epistolario de Montalvo: "Creo un deber tributar un recuerdo póstumo a D. Roberto Andrade, historiador del Ecuador, quien puso en mis manos la mayoría de estos escritos". -- Esto va desde luego en el libro de Cajica, y asimismo el Prólogo, aunque en sustancia igual, es algo más extenso.

Las pruebas de plana o páginas ya las tiene Cajica, y sólo falta para imprimir el libro que yo las confronte. El ha sido muy diligente. Van a ser dos tomitos de unas trescientas páginas cada uno, en letra grande y clara.

Mucho le agradeceré su autorizada reseña bibliográfica en la oportunidad que Ud. crea, pero ya, sobre la base segura de que la publicación ha de ser cosa de uno o dos meses, puede irse dando conocer el libro--que como Ud. verá es una Joya literaria --recuerda que así se titularon unas páginas, de Montalvo?

Me pregunta sobre el Diario de Montalvo que si tengo el original. No recuerdo en alguna carta anterior le expresé que no tengo ningún original manuscrito de Montalvo. Todo el Diario está hecho a base de una mala copia en maquinilla de una perona, indicada por Andrade, que lo copió no sé si del original, no sé si de una copia del original. Como no sabía ^{ella} francés, costóme Dios y ayuda a veces deducir la palabra adecuada; pero tengo fe en que el 99% de la transcripción es absolutamente correcta, y la traducción será del agrado del lector. Se trata de un documento estupendo. Ud. debe tener por allá (del Archivo de Doña Marina, enviado a Quito, copias a carbón. Verá Ud. la diferencia entre esds páginas a carbón y lo que ha de salir en imprenta en el libro. Sospecho que el Diario puede haber sido más extenso, pero no sé. Cuando menos no. Yo reproduzco y cito lo que Ud. dice en su magnífica Bibliografía sobre este Diario, sobre el señor Bueno (t. II, p. 13). En México Cajica ha hecho que un profesor francés competente revise las pruebas en francés, para los acentos, etc. y mi traducción, y yo le daré la última mano de piedra pómez. El libro tiene notas aclaratorias y y magnífico Índice onomástico-analítico (y geográfico), que a Ud. le agrada. Es creo el primer libro de Montalvo que se edita con Indices analíticos, que ayud a los biografos y críticos del gran ecuatoriano.

(II) FLORENCIA

Florenca, 25 de Enero de 1858.

El Arno desciende del Apenino, y camine solitario por entre lugares montañosos y salvajes; pero a poca distancia le espera el Piave, y juntas atraviesan la Toscana, para ir a derramarse en el mar Tirreno, llevándose consigo al Greve y al Biscione, al Elsa y al Ombrone. Anciano rey de aquel extenso valle, este río melancólico serpea lentamente, bañando los blancos muros de las mil aldeas que están sentadas a su orilla. En otro tiempo eran famosos los lugares que él regaba, y nadie podría decir cuántas y cuán grandes cosas ha visto este antiguo y callado viajero. Más pasaron ya esos genios que se miraban en sus aguas, callaron esos cantos que resonaban en sus márgenes, y el ruido estrepitoso de las armas fue reducido al silencio en las ciudades que poblaban sus orillas. Todo pasó, pero su belleza no ha pasado; y se diría que su curso era el camino del paraíso, si este misterioso camino no se nos hubiera perdido para siempre. Cayendo de roca en roca, desciende del alto monte, escoltado por una majestuosa hilera de inmensas hayas y de pinos; toma luego posesión del llano, y va lamiendo las barreras de entretrejos helechos que señalan su camino: aquí un árbol aromático, allí una flor salvaje; así avanza silencioso, en medio de las colinas que le siguen, hasta que llega a reflejar en sus ondas las elevadas torres y los palacios de Florenca.

¡Florencia, hermosa nombre! Era de tí de quién quería hablar; y pues que junto con el Arno he llegado hasta tu seno, quiero a mi vez exhalar el grito de entusiasmo que tú arrancas. Llegamos a tus puertas, y una sonrisa nos saluda; salvamos tus murallas, y gozamos en mirarte. Avidos extranjeros: mucho, hay aquí que nos consuele de las ocultas penas que viajan con nosotros.

Se ha dicho que Florencia es la Atenas de Italia: cierto: mucho se parece a esa augusta madre de todas las grandes cosas. Como ella, amó la sabiduría y tuvo su Galileo; como ella, amó las artes, y una multitud de ilustres nombres lo está probando altamente; como ella, amó la libertad, y tuvo su Marathón. Mas ta se percibe en esa antigua plaza el rumor del pueblo, congregado para oponerse a toda ley que fuese adversa a la República. Pero hubo una oscura familia de astutos mercaderes, que luego dispusieron de grandes riquezas: éstos se llamaron Médicis; y desde entonces Florencia fué esclava, víctima y al fin cadáver. No es otra la historia de todas las Naciones.

¡Pero qué venerables son esas figuras que crecen con el tiempo, y cuántas cosas nos dejaron para que no las olvidásemos nunca! ¡Florencia, cuna y sepulcro de multitud de grandes y poderosos genios, qué inspiraciones no guardas todavía en esos mármoles aislados y en esos oscuros rincones que recuerdan el nacimiento del Petrarca, la tumba de Bocaccio, la morada del Dante! ... Perdido en un laberinto de intrincadas calles, llegué un día al sitio de una casita antigua, de aspecto triste y

miserable: me paré lleno de respeto, y llamé a la puerta: nadie me respondió: volví a llamar: el mismo silencio: Dante estaba sin duda absorto en algún gran pensamiento... ¡Y en qué gloriosa sociedad he pasado largas e inmortales horas! Galileo, Miguel Angel, Maquiavelo reposan casi juntos; y es la más augusta compañía que hay podido formar los muertos. Yo he visto sus soberbios monumentos, yo he temblado, pero los he tocado: tendré en mi vida al menos este recuerdo.

→ Precioso museo de las glorias artísticas de Italia, **Floren-**cia contiene los monumentos más antiguos del genio de esta privilegiada tierra. El **Domo** y los mil severos edificios, a los cuales van unidos los nombres de Brunellesco y Miguel Angel; las famosas galerías pobladas de las sombras de Rafael y del Ticiano, de Vinci y Corregio, y de otros tantos personajes de la inclita familia; los acentos misteriosos de aquellos músicos antiguos, que aún parece que resuenan en el fondo de los bosques y en las márgenes del Arno, son bellezas del más alto rango, y que harán eterno el nombre de Florencia.

Un día me paseaba al pie de un alto muro, surcado por anchas fajas medio oscuras, huellas de la fachada que tantas veces han intentado, y que nunca han podido poner al **Domo**: entré al inmenso y solitario templo... ¿Qué deberé decir, Dios mío? ¿Cómo pintar la impresión extraordinaria que produce esa mansión aérea, digna del invisible espíritu que la habita? No se sabe cómo el arte alcanzó, con un elemento bruto, a formar una obra tan grandiosa: en ella hay algo de animado, en ella hay algo de divino,

que se apodera de nosotros. Parado en el gran pórtico, sin poder adelantar un paso, de miedo de precipitarme en el vacío, paseaba las miradas por las inmensas bóvedas, creyendo encontrar me fuera del mundo: tenía una especie de vértigo: subía, me levantaba, volaba a no sé qué espacios invisibles y llenos de misterios. Se camina con temor, se mira con respeto y se calla siempre, porque no hay voz para murmurar alguna cosa. Digne rival del templo de San Pedro en Roma, el Demo de Florencia es una de las obras más gigantescas y más bellas de Italia. Los fieros florentinos, en el tiempo de su poder, autorizaron al famoso Arnolfo para que levantara el diseño de un templo, con la más alta y suntuosa magnificencia a que puede llegar el poder del hombre, unido al arte y al ingenio. La obra duró siglo y medio, y Miguel Angel alcanzó a inscribir su nombre después de sus ilustres antecesores. Y ese misterioso recinto ha sido algunas veces el teatro de las escenas más terribles: fué allí que el sacrílego Casa Pazzi consumó su horrendo crimen.

Por donde quiera se encuentra un gran recuerdo en esta ciudad, tan afortunada en otro tiempo, tan infeliz ahora; y el viajero no alcanza a ver tantas cosas, a recorrer tantos y tan célebres lugares. Se pasan largas horas en uno de esos desiertos templos, helado en medio de sus mármoles, y sin apercibirse de ello, embebido siempre en la contemplación de las obras de los antiguos genios. ¡Cómo el mármol y la piedra pudieron prestarse a tan elevadas perfecciones? ¡Cómo tan rudes elementos pudieron convertirse en figuras cuyos ojos ven, cuyos senos palpi-

tan, que parece que se mueven, y que parece que tienen pensamiento? Gime el bronce y se resigna bajo la mano del artista: poco antes no era sino una torpe masa, luego se convierte en un Atila, meditando en la destrucción de Roma. El día y la noche, el crepúsculo y la aurora, ¡oh, sociedad poética! Hermosísimo grupo de la más bella alegoría, si es un pincel humano que os pudo dar la forma, es un pincel divino el que os dió el ser. Vos sólo sois bastante a recompensar las penalidades de un largo viaje.

Variando de escena, la naturaleza me presenta, fuera de esos marmóreos recintos, los más bellos espectáculos, a las orillas del manso río, o entre los árboles que pueblan sus colinas. ¡Qué hermoso sol! Las nubes repartidas en blancos grupos, rodean el cielo azul, la atmósfera está clara, la luz no ofende mi delicada vista, el viento viaja por los mares; una ancha calle de cipreses me conduce hasta esa verde altura, coronada por una vieja torre. Estoy viendo a mis pies la poética Florencia: el río la ciñe, como si fuera un largo y diáfano falda, que ciñe a una hermosa joven la cintura: el valle se extiende indefinidamente, cubierto de casitas blancas, encerradas entre sus inmensos árboles: los Apeninos se elevan a su espalda, como los adustos guardas de una codiciada hermosura: el horizonte empieza a enrojecerse, porque la tarde se aproxima... ¡Qué espectáculo, qué hermosura!

Pero esta vieja torre bajo la cual contemplo tan hermoso panorama, ¿está aquí sobre esta altura, sin contener algún re-

cuerdo? ¿No tiene acaso alguna historia que contarme? Sí, la tiene, y por cierto una muy grande historia. La pálida luna que ha de atravesar el cielo en esta noche, como atravesó diez siglos, puede decirme si cuando coronaba el cenit, no vió sobre el torreón adusto a un venerable anciano, absorto en la contemplación del firmamento. ¡Galileo, somra sublime! Los sabios dicen que a la luz de las estrellas te descubren todavía en ese puesto donde pasabas tus veladas y en donde tantos secretos te fueron revelados: tú detuviste al sol en su carrera, los astros giraron a tu vista, la tierra no fué entonces una perezosa mole, pues la viste precipitarse raudamente en torno del foco luminoso: para tus ojos no hubo límite, y ellos vieron más allá de los espacios: tú revelaste los misterios que habías descubierto en las incógnitas regiones, y recibiste el premio que acostumbran dar los hombres: las hogueras se encendieron para tí, y un tribunal terrible, ese tribunal que, a nombre de la fe, ha desolado al mundo, iba a juzgarte y a castigar en tí la sabiduría...

★ ★

Hay lugares desconocidos y oscuros para muchos: pero que tienen para el que los busca una importancia infinita. Con más placer he subido a esa ruínosa mole, que a los esplendidos salones del palacio de aquel antiguo y orgullese Pitti. ¿Qué me importa la morada de los reyes? Yo sé que entre cojines y cristales existe un hombre cuya voluntad gobierna un pueblo; yo sé que en ese recinto de púrpura y oropeles se forjan las cadenas que oprimen a los pueblos.

Pero hace ya mucho tiempo que mis ojos han paseado por es-

te inmenso cuadro: es preciso descender; el sol ha descendido también, y le he visto sepultarse en los lejanos mares, como una enorme masa de un metal incandescente. A su vez llega el crepúsculo con su melancolía y sus misterios: el silencio ha sucedido a la animación del día: Florencia está desierta, como si sus habitantes la hubieran abandonado de repente. Solo, con mi pensamiento y entusiasmo, me paseo por las márgenes del Arno; y los rayos de la luna, que acaba de salir de su pabellón de nubes, iluminan mi camino. Dicen que en ^{la} oscuridad están las horas del reposo: ¿será cierto? Yo, por mí, hartos motivos tengo para no creerlo. Y pues que la noche es muda, contemos sólo lo que hemos visto en el día.

En Italia el sol no es egoísta: entre dorados grupos se presenta en el Oriente, y toma posesión del ancho y claro cielo, como quien ostenta la prodigalidad de sus beneficios. El horizonte es dilatado: las nubes blancas se distribuyen con cierta inteligencia y armonía, remedando las figuras que miran en el suelo. Las mañanas son hermosas, las tardes son hermosas, y las noches más que todo. El viejo invierno, cargado de nubes y de escarchas, se siente débil para luchar con ese sol poderoso; y allá se queda en Francia, envuelto en su manto de pesadas nieblas. Los que quieran dejar una noche húmeda y oscura, por un clare y tibio día, vengan a Italia. ¿Qué hacemos en París y en Londres? No me gusta el bullicio, no me gusta el ruido de esas fiestas imperiales que, con todo su aparato y ostentación, hacen tan mal efecto en el alma de un americano, acostumbrado a la mo-

destia y sencillez de la república, a los purísimos goces de de las fiestas de la libertad.

Hey he madrugado: el Arno tiene el cuidado de despertarme, derrumbándose de la cascada a que mira mi ventana. El horizonte está encendido: va el sol a aparecer. ¡Hermoso bosque, déjame mezclar mi voz a la de esa turba deavecillas que habita en tus olivos! Quiero vagar por tus perfumadas calles, hasta que venga el día a abrirme las puertas de esa mansión augusta, que encierra tantas y tan grandes maravillas.

¡Salud, ilustres habitantes del soberbio Ufizzi! Y vestras, estatuas colosales de esos antiguos emperadores romanos, dadme paso por entre vuestras espesas hileras. ¡Todas no representáis más que a unos tiranos! Os veré, pero después de todo quizá con desdén y aborrecimiento. Son éstas las estancias en donde dicen se congregan aquellas venerables sombras a visitar en alta noche sus grandes e inmortales obras? ¿Es por aquí por donde pasan las pálidas figuras de Rosa y del Pusino? Aquí se encuentran las célebres producciones del Dominiquino... Mirad ese bellissimo cuerpo suspendido en el aire; tomadlo, que va a caer... Pero no temáis: las diosas pueden tener sus lechos aéreos: es Venus, que sonríe a no sé qué invisible espíritu. ¿Quién es ese venerable viejo de fisonomía tan extraña? Su mirada parece que salva el mundo y penetra allá en el cielo. Es Moisés que consulta a Dios algún misterio. Hay algo de incorpóreo en este cuadro, hay algo de divino en este rostro: es un sueño, un pensamiento, una luz: es toda una historia, grande y sublime,

en un solo objeto.

Subiendo las blancas escaleras de la galería Pitti, se encuentra, lo primero, un saloncito de forma circular, conocido con el nombre de "Tribuna": en su centro hay una pequeña estatua, que siempre está rodeada de gente; yo, a mi vez, hacía el quinto giro en torno de ella, cuando sentí en el hombro una palmadita, acompañada de una voz casi conocida:

- Y bien, Señor, ¿es Ud?, me dijo.

-Sin la menor duda, Señora. ¡Pero qué sorpresa me da Ud! Yo la creía en Roma, pues había continuado a bordo.

-Ibamos a cometer esa tontería; pero felizmente fuimos iluminados. ¿Quién nos hubiera perdonado el no haber venido a Florencia?

-Justamente, ¿pero qué dice Ud. de tantas cosas?

-¡Dam! ¿Se puede decir acaso algo? Lo que le aseguro es que pienso no salir de la Tribuna.

-Es un pensamiento de genio, Señora.

-Puede que sea; mas supongo que Ud. no querrá perder su tiempo. Adiós caballero, hasta que el acaso nos haga encontrar alguna vez. En el mar se hacen agradables conocimientos.

-Estoy convencido de ello, Señora, desde que Ud. me lo ha probado.

Con una inclinación se acaban estas citas de dos desconocidos que se vieron por acaso en el viaje, y que, sin decirlo, se dirigen al mismo punto: se encuentran, se cruzan dos palabras, admiran juntos lo que miran y prosiguen su camino para no volver

a verse.

Aquella figura reducida, aquel pedazo de mármol, que tiene la virtud de atraer todas las miradas, y establecer un giro perpetuo en torno de ella, es nada menos que la famosa Venus de los Médicis. La atribuyen al más grande genio de la Grecia, pero no es muy segura su historia. ¿Fue encontrada entre las ruinas? ¿Fue comprada a un alto precio? No se sabe. Más los soberanos de Toscana hicieron la adquisición de ese precioso monumento. A su lado se vé otra estatua igualmente griega y de la más alta perfección: es un Fauno horrendo, que ahuyenta a las mujeres y las sigue con los ojos. La galería Pitti contiene grandes cosas; ella es el amor de los artistas y poetas, así como Florencia es el amor de las mujeres, y así como la Italia es el amor del mundo. No puede decirse todo lo grande que hay en ella: venid a verla.

En cuanto a mí, viajero pobre y solitario, me voy creyendo ya suficientemente recompensado de las ocultas ansias y de las penalidades de mi peregrinación. Muchos son los secretos que pudieran revelarse: pero si al fin se alcanza a llegar a Italia, hay una compensación, y todo se puede callar. ¡Oh, sel de Italia, oh cielo, vivos recuerdos de la Patria! Nubes errantes, blancas nubes que voláis por la limpia esfera, yo os he conocido siempre. Yo os he visto ya mil veces, ancha y redonda luna: desde la copa de mis colinas favoritas, o pegado a mi ventana, solía contemplarte cuando saliendo del seno de alguna nube, atravesabas lentamente tu camino; hoy te mire aquí como a mi perpe-

tua compañera, como al único confidente de mis secretos dolores.

Aquí llegó el infortunado Byron, y a las márgenes del Arno alzó esa voz que todo el mundo conoce. Espíritu agitado, que andaba como un prófugo en busca de refugio, era preciso que llegase a estos lugares para hallar algún reposo. Todo lo encontró grande, todo lo encontró bello, y su entusiasmo alcanzó a arrancar un acento a su celeste lira. Hay horas tristes en la vida: nadie lo sabe más que yo; pero hay momentos en que se siente una cosa vaga, indefinible y que conmueve extrañamente. El pensamiento es una luz, el corazón es una cuerda, el alma se evapora: nadie sabe lo que siente, nadie sabe lo que quiere.

El sol ha descendido, y recoge su último rayo, que posaba en la cima del monte: viene ese instante incierto de media oscuridad entre la luz del día y las sombras de la noche. El corazón deja escapar algún suspiro ahogado, la voz articula una palabra sin sentido... ¿Es un sueño o un recuerdo, una esperanza o un deseo? Cuando a la luz del crepúsculo miro a Florencia desde una altura, se me ocurren tantas cosas. El corazón se entristece sin saber la causa y siente impresiones indefinibles: este río me ha visto quizás más pálido que de costumbre; pero es de muy atrás que sé lo que son un pensamiento y un corazón entregados a la soledad. Nada importa esta tortura: ¡venid, sombras queridas! ¿Quién sería yo si, despreciando estas orillas, corriese a mezclarme entre el gentío de la risueña plaza? Corred, hermoso río, corred; mis ojos no se cansan de mirarte: contigo voy bajando, y juntos seguiremos no sé a donde por un ciprés y un olivo, un olivo y un ciprés. Bien que la noche se adelanta;

pero a la vuelta tendré mi compañera: ya la descubro: detrás de aquel pardo cortinaje comienza a mostrarme su frente melancólica.

¿Qué rumor confuso es aquel que de tiempo en tiempo se percibe como un acento entrecortado? Parece que desciende de los árboles, o que viaja sobre las olas silenciosas.... ¡Laura, Laura! Me dijeron que tu sombra vagaba suspirando por estos tus queridos sitios. Un extranjero ha venido a sorprender tantos secretos; pero ese extranjero tiene un corazón, y bien puedes perdonarle. Acaso ésta es la última vez que mire estos lugares: quizá no botaré otra lágrima en las aguas de este río; quizá no cogeré otra flor en sus orillas; quizá el último rayo del sol no volverá a sorprenderme en la elevada cumbre del Apennino; y los olivos de Belvedere, que en poco tiempo fueron mis amigos, no volverán tal vez a recibir mis confidencias. ¡Adiós, Arno! ¡Adiós, Florencia!
